

tica, fueron tachados de acelerados contrarrevolucionarios y el pueblo dio la razón a sus dirigentes al apoyar su política lingüística.

Que no todos fueron éxitos —como tampoco lo fueron los hornos para fabricar acero en los traspacios, contra la ingenua apreciación de ciertos mexicanos, recientes visitantes en China y conforme a la presentación objetiva y la sesgada evaluación de ciertos británicos que demostraron que el producto salido de ellos, a veces ni siquiera merecía el nombre de “acero”— es evidente, y era de esperar pues, como señala De Francis:

“En ocasiones, la gente acuña formas abreviadas que nadie sino ellos entienden... y ciertas formas presentadas oficialmente para usarse, han tenido que retirarse al descubrirse que son objetables... a más de que en una misma publicación no siempre hay consistencia (pues aparecen caracteres no simplificados frente a otros que ya lo han sido, porque faltan tipos en las imprentas); pero, con todo, la primera fase de la reforma de la escritura parece encaminarse hacia su éxito”.

Tal vez estos “fracasos” objetivos (que no reconocen los entusiastas fanáticos y que sí subrayan los críticos fanáticos) deban hacernos pensar a los mexicanos (tan dados a adoptar paradigmas socioculturales ajenos y tan propensos a plantearnos disyuntivas tajantes o dilemas inzanjables) que lo que necesitamos es el entusiasmo, la unidad de propósito, la voluntad de trabajo y sacrificio de pueblos como el chino (en fin, una moral cívica inspirada en él y en otros como él) pero aunados a la eficiencia técnica, administrativa, de organización de otros pueblos (como los europeos y los norteamericanos, más específi-

camente anglosajones). Ni en México ni en el resto del mundo se trata de optar como algunos quieren —quizás con segundas o terceras intenciones— entre prositivismo y trascendentalismo; entre designios puramente pragmáticos e ideales elevados, pues de lo que se trata es de saber subordinar la organización y la eficacia a la dignificación y trascendencia del ser humano, y no hacer exactamente lo contrario o prescindir ya de la una, ya de las otras, cuando no de ambas.

La reforma del idioma y de la escritura en China ofrece una lección de un pueblo milenario, sabio, prudente, que en una revolución marcada por el sello de nuestro tiempo no ve, en último término, sino un avatar más de su personalidad histórica. Y es ésta una que tiene que invitar a la reflexión de sociolingüistas y politicólogos deseosos de aprender las lecciones que las “civilizaciones diferentes” (así se llama orgullosamente un Instituto europeo) pueden brindar a todos (europeos o no) en vez de que traten de asumir actitudes de *dómines* pedantes frente a esas (estas debemos decir los mexicanos) otras civilizaciones, quienes se consideran señores del mundo y maestros de la humanidad pues, en este sentido, ellos no tienen enseñanza alguna que impartir o inculcar.

Oscar Uribe-Villegas

Arendt Lijphart: “Linguistic Fragmentation and other Dimensions of Cleavage: a comparison of Belgium, Canada and Switzerland”. *The Politics of Linguistic Conflict*. IPSA Montreal Congress, 1973.

El centro político de este estudio de Lijphart está constituido por la con-

cepción que Deutsch tiene de la nación como una red cerrada (o tupida) de intercomunicación. De ese centro, en función del hecho de que el lenguaje es una de las formas excelentes de comunicación interhumana, se desprende el interés político de la comunicación lingüística de una sociedad.

Dentro del panorama mundial (en el que existen Estados asiáticos y africanos enormemente fragmentados, o no-unidos aun en lo lingüístico), Europa y su apéndice norteamericano (estadunidense y canadiense) parecen presentar el mínimo de problemas políticos de raíz lingüística. Esto se explica históricamente a la luz de la constitución de los Estados-nación euro-occidentales, de su centralización político-administrativa y de su imposición de hegemonías lingüísticas y normalizaciones idiomáticas. Pero, la apariencia no coincide con la realidad ni en profundidad ni en extensión: en profundidad no, porque aun en Gran Bretaña y Francia (los Estados-nación más unificados) hay problemas sociolingüísticos (como los de los galeses y bretones); en extensión porque todavía hay países en que la unificación no es completa (como en España y, más aún, en los balcánicos). Pero, aun en ese ámbito relativamente menos problemático sociolingüísticamente, destacan tres puntos de interés político-lingüístico que Lijphart se ha propuesto estudiar: Bélgica, Canadá y Suiza.

En esos tres países de Occidente, la fractura lingüística (dicotomía o cuasi-dicotomía en unos, multicotomía en otro; franco-flamenca en uno; anglo-francesa en otro, teuto-romance en el tercero) se presentan al mismo tiempo que otras (la religiosa y la clasista son las que de momento interesan a Lijphart) dentro de la sociedad, y tienen repercusiones con-

juntas (convergentes o divergentes) dentro del Estado, en el sistema de partidos.

Esto impone la evocación de las hipótesis del entrecruzamiento: aquellas según las cuales: 1) la forma de entrecruzamiento de las fracturas, condiciona la distribución del poder entre los grupos sociales y 2) el entrecruzamiento repercute en la intensidad de los sentimientos que generan esas fracturas (con lo cual se manifiesta, de nuevo, la complementaridad de lo social y de lo psicológico).

En el primer sentido, el contraste decisivo es el que se establece entre: a) una sociedad con dos colectividades aproximadamente iguales; b) una con dos colectividades diferentes en tamaño y fuerza y c) una sociedad con varias colectividades aproximadamente iguales. En el segundo sentido, las situaciones contrastan según que a) la fracturas coincidan (entrecruzamiento cero) o b) se corten de través (según diferentes "ángulos" de entrecruzamiento).

Las hipótesis propuestas mencionan la posibilidad de que en una sociedad con colectividades equivalentes o equipolentes, la esperanza de obtener una mayoría incline a los dirigentes a la dominación y los prevenga en contra de la colaboración con la otra colectividad, aunque, en términos de una psicología de los juegos esta expectativa se ve contrapesada por el reconocimiento realista de lo limitado de tales expectativas; indican que la multiplicidad de colectividades, en cambio, puede conducir más fácilmente a la cooperación que al conflicto y a los intentos de dominación; apuntan que, cuando coinciden dos o más fracturas, los miembros de una colectividad resienten su posición inferior y su menor disfrute de los satisfactores disponibles radicalizándolos, mientras que en las sociedades en que

las fracturas se cortan de través unas a otras, se tiende a posturas más moderadas y a soluciones políticas centristas.

El politólogo de Leiden, autor de este estudio, en sus conclusiones afirma haber dedicado mayor atención a ciertas técnicas de medida que a los intentos de explicación; pero, a pesar de su dicho, lo cierto es que ha reunido muy buenos elementos explicativos de estas situaciones ya que, un momento después de haber evocado estas tesis (sobre todo de Lipset) introduce un elemento nuevo, al salir de la sociología propiamente dicha y entrar de lleno en la politicología.

No se trata sólo de que haya fracturas socioculturales (el tema del Congreso para el que preparó este estudio era "La Política entre la Cultura y la Economía") sino de que: a) una y no las otras, b) de que algunas sí y otras no, o c) de que todas ellas estén o no institucionalizadas políticamente. Arrastrado por sus referencias concretas el catadrático de Flandes se refiere a éstas, sobre todo, en términos de institucionalización traducido al sistema de partidos, (en el momento de los planteamientos) pero, no puede menos que hacer referencia (en el de las soluciones) al de la institucionalización en términos *federativos*, territoriales o funcionales.

En esto, se beneficia Lijphart del diagnóstico certero de varios autores que hacen referencia concreta a Bélgica, en donde: 1º) existe: a) una fractura institucionalizada (religiosa), b) una semi-institucionalizada (clasista) y c) una no institucionalizada (lingüística), y 2º) en donde, como sugirió A. van den Brande, la falta de institucionalización de una de las fracturas hace que el conflicto resultante de ella se vuelva, a veces, violento en cuanto no dispone de

las válvulas de escape o de las vías de solución que podría proporcionarle la política (lo cual está muy cercano de los apuntamientos del sociolingüista Lewis, acerca de la forma y las consecuencias de la expresión o falta de expresión de los conflictos por parte de una sociedad).

Todavía en términos de enriquecimiento conceptual y explicativo, es de especial interés para el sociolingüista una exposición de Lijphart que queremos dejar en su forma expresiva original. Para él,

"Lo intratable del problema lingüístico depende de que no se pueden comparar propiamente las tres fracturas en cuanto a institucionalización... Los problemas lingüísticos muy bien pueden ser intrínsecamente más difíciles de resolver, a igualdad de condiciones, que los sociales o los religiosos. Los socioeconómicos se pueden ajustar por medio de una redistribución de recursos, pues el dinero —en muchos casos— es medio flexible del que disponen los gobiernos..."

con lo cual aparece el otro término (económico) de los dos entre los cuales colocó a la Política el Congreso

"... y las diferencias religiosas se reducen *al menos en Europa*, al problema del subsidio público para las escuelas religiosas, con lo que se convierte en asunto de dinero"

cosa que se debe subrayar pues ahora la explicación queda relativizada en términos culturales que impiden su extensión, sin más, a realidades socioculturales distintas. En cambio...

"desafortunadamente, el dinero puede hacer poco para resolver o aliviar las controversias lingüísticas".

Este andamiaje categorial, explicativo, casi no se ve en el trabajo de Lijphart, a quien parece haber cegado su interés concreto por Bélgica (metodológicamente puesta en comparación cauta con dos países similares, como son Canadá y Suiza) así como por el brillo de una tecnología estadístico-social (que gravita sobre el cálculo de los índices de fragmentación diseñados por Rae y Taylor, y los ángulos de entrecruzamiento de cada uno de los pares de fracturas sociales).

Imposibilitados para detenernos a examinar en detalle los resultados concretos de las comparaciones de Lijphart, recordaremos sólo que el índice de fragmentación (F) mide la probabilidad (que oscila entre cero y uno) de que dos individuos de una sociedad pertenezcan a grupos diferentes, y que es tan próxima de las medidas de diversidad lingüística de Greenberg-Lieberson; así como que el ángulo de entrecruzamiento oscila entre 0° (para la coincidencia de fracturas) y 90° para el entrecruzamiento extremo. Para desesperación de los matemáticos, pero con justificación para los especialistas en ciencias humanas que apenas tentalean en la oscuridad, el supuesto es, siempre, que el espacio social es plano ya que aún es temprano para explorar las posibilidades de concebir espacios sociales curvos...

En términos muy amplios, la aplicación de estas medidas muestra que es mínimo el entrecruzamiento de partido y religión (a veces no creencia dogmática o afiliación eclesiástica, sino práctica religiosa en distinciones que quizás conviniera poner en paralelo con las distinciones lingüísticas entre lenguaje, lengua y habla); que en Bélgica y Suiza, a aquel le sigue el del partido y la clase, y que el de partido y lengua se aproxima a los

90%, mientras en Canadá el orden es inverso pero "el ángulo agudo entre partido y clase se puede deber a la cuasicoincidencia de las divisiones religiosa y lingüística".

Una información particular sobre Bélgica (que así parece aproximarse a las soluciones suiza y canadiense) también debe recogerse, pues sin ser federal como Canadá y Suiza, "se está desplazando hacia soluciones federativas territoriales y funcionales (en los partidos y en el parlamento; 1º) en los partidos que ya no cortan de través las separaciones lingüísticas y han comenzado a dividirse (dos ramas del católico, dos de los sociales y liberales, flamencas las unas, valonas las otras) y 2º) en el parlamento, que se divide en dos "consejos culturales" para servir "dentro del ámbito de la autonomía educativa y cultural concedida a cada comunidad lingüística" por las reformas de 1970.

En suma, una comunicación que, por sus aportes teóricos, metodológicos y técnicos, rebasa las descripciones, escuelas de situaciones y conflictos sociolingüísticos (que tienen que ser el punto de partida pero no el de llegada) y hace pensar en la posibilidad de que cuando autores como Lijphart se empeñen en ordenar y sistematizar mejor aún sus materiales, se podrá empezar a tener, realmente, una sociología del lenguaje e incluso, en términos más amplios, una auténtica sociolingüística.

Oscar Uribe-Villegas

Chaim Rabin: "Cultural Aspects of Bible Translations". *Sion*. 1971, N° 7-8. pp. 237-46. St. James Press, Jerusalem, 1971.